



Fotografía: Marianela Núñez.

## Cómo se construyen a sí mismos los jóvenes

### El caso particular de los que estudiaron la secundaria técnica

Graciela Messina Raimondi

Consultora independiente | Ciudad de México  
messinagra@prodigy.net.mx

#### Por qué escribir acerca de los/las jóvenes

El presente texto habla de los jóvenes que han terminado la educación secundaria técnica en México y de cómo siguen sus vidas a partir de ese momento, en términos tanto de estudio como de trabajo e historias personales. Las trayectorias de los y las jóvenes fueron identificadas como parte del trabajo de campo de mis estudios de doctorado, que están en proceso.\* El texto necesita ser leído tan sólo como un ejercicio, como un intento de articular la experiencia particular de algunos jóvenes con la teoría acumulada desde la investigación. Completan la visión algunas reflexiones nacidas a la luz de entrevistas con jóvenes de ambos sexos realizadas en el marco de

otra investigación en curso sobre los centros de formación técnica estatales del estado de Michoacán, México (ICATMI) que se desarrolla bajo la coordinación de Enrique Pieck, así como las conclusiones de otras ya finalizadas. A partir de estas historias se esbozan algunos retos para la educación de personas jóvenes y adultas. Si bien los testimonios están referidos a México, muchos de ellos dan cuenta, con matices, de situaciones relativamente comunes para toda América Latina.

La juventud es sin duda un tema que simultáneamente apasiona e inquieta. Los que actualmente somos adultos hemos sido jóvenes en algún momento de nuestra vida. Sabemos cómo se siente, cómo se

vive ser joven. También contamos con la certeza de que no da lo mismo ser una mujer joven que un varón joven, que el género cuenta. Tampoco da lo mismo ser un/una joven de los países reconocidos como “desarrollados” que ser joven, y especialmente mujer que habita o ha nacido en el “tercer mundo”. Sin embargo “ser joven” hoy, hombre o mujer, tiene una cierta especificidad dramática en todos los lugares habitados, y como adultos nos queda la responsabilidad de ser testigos de lo que sucede tanto como defender sus derechos.

Los que fueron jóvenes durante las dos grandes guerras o que estuvieron en los campos de concentración, vivieron la experiencia del fin del mundo conocido, de la institucionalización del horror. Los jóvenes de ambos sexos que nacieron después que estos acontecimientos quedaron atrás, compartieron una vida donde volvía a prenderse el sueño de la revolución o de algún cambio que humanizaría el planeta. Pero, a diferencia de estas dos generaciones para los/las jóvenes de hoy se hace más presente el sentir de que la vida no les pertenece, que la vida no les es propia, sino que es determinada por las duras condiciones sociales. La política y la religión han dejado de ser concebidas como espacios de transformación o salvación. Sin duda toca a los/las jóvenes vivir una época de grandes cambios políticos, económicos y sociales. Hechos inéditos e inimaginables en el pasado que alteran las reglas básicas de la convivencia, se suceden día a día. Aún así los/las jóvenes encuentran algunos resquicios para ser sujetos y de ser con los otros.

El proceso “globalizador” ha significado para los grupos sociales más marginados, y en particular para los/las jóvenes de los sectores marginados, vivir y crecer en condiciones de desigualdad y de fragmentación crecientes. El capitalismo exige a los trabajadores tanto la capacidad para adaptarse al cambio constante como para tomar riesgos, dejando atrás la tradición y las normas vigentes. Aún más, la gente queda reducida a “hacer fragmentos de trabajo”; pensemos en los jóvenes que hacen una semana de “meseros”, a la siguiente de “volanteros” de los partidos políticos y un poco después vuelven a su tarea

de vendedores ambulantes. Pensemos también en nosotros mismos, en los intentos por transformar en un proyecto de vida nuestros fragmentos de trabajo. Autores como Richard Sennett se preguntan acerca de cómo decidimos lo que es de valor duradero en nosotros en una sociedad impaciente y centrada en lo inmediato, o cómo perseguir metas a largo plazo en una economía entregada al corto plazo. Un joven mexicano las responde cuando dice que el hecho de no tener para llevar nada al recreo durante la escuela primaria y secundaria no lo paró, que no lo paró nada, ni la muerte de su papá cuando tenía 10 años, ni tener que sostener a toda su familia... y siguió estudiando y trabajando.

En este mundo desigual y fragmentado, simultánea y engañosamente global, sujeto a las reglas de la “inclusión excluyente” del capital y sus intereses, las llamadas “nuevas tecnologías de la información”, que sin duda son espacios de poder de los poderosos, han permitido a una parte de los jóvenes marginados urbanos tener acceso a formas nuevas de comunicación, como los intercambios vía Internet o teléfono celular. Estas maneras virtuales de encontrarse signan la vida de parte significativa de los/las jóvenes. Aún en pueblos pequeños de México nos encontramos con ciber-cafés donde jóvenes de ambos sexos hacen viajes imaginarios y conversan con sus familiares que han migrado a Estados Unidos o con conocidos que se han hecho en la red y que quizá nunca conocerán en persona.

También en México, las migraciones de sus padres, familiares, y ellos mismos, algunas transitorias y otras más definitivas, se han vuelto más frecuentes y han alterado sus conciencias. La expresión “vivir o estar del otro lado”, como referencia a los Estados Unidos, se ha hecho cada vez más frecuente, junto con los pueblos vacíos de jóvenes, especialmente de varones, los chicos y chicas que están esperando terminar la secundaria para irse a reunir con sus padres, como sea..., y las puertas clausuradas de las casas de los que se fueron. Asimismo, los/las jóvenes de todos los niveles sociales de América Latina tienen mayor acceso y permanencia en la escuela que en el pasado, mientras el trabajo se ha constituido como



Fotografía proporcionada por Enrique Pleck.

el principal factor de diferenciación social y de obstrucción de la movilidad social (Miranda, 2007). En el marco de todos estos factores que tienden a fusionarse, son frecuentes las trayectorias laborales precarias, tránsitos de un trabajo poco calificado a otro, con bajas o nulas remuneraciones en dinero, donde están ausentes todos los derechos laborales y las formas asociativas entre pares. Ante esta situación de extrema fragilidad social, pensar acerca de los y las jóvenes resulta perentorio.

Otro motivo se presenta como igualmente rotundo: los/las jóvenes, y en particular los marginados, han dado lugar a muchos discursos; de ellos y ellas se dicen muchas cosas tanto desde el sentido común como desde las ciencias sociales. Los gobiernos y los organismos internacionales destacan una y otra vez que constituyen una población en riesgo, sometida a tasas de desempleo que duplican o más las adultas. Muchos programas gubernamentales se han sucedido en las últimas dos décadas para lograr un sueño imposible: “la inserción laboral” de los jóvenes. Al mismo tiempo, un cierto consenso se ha constituido entre los adultos más conservadores acerca de la pasividad, el desinterés y la falta de compromiso de los jóvenes. La impresión de que muchos jóvenes “no hacen nada”, “se la pasan sin hacer nada”, se acompaña con otras opiniones igualmente descalificadoras tales como “son vagos, no les gusta trabajar

ni estudiar”, “no les gusta el esfuerzo”, “no se sacrifican”, “son violentos”, “perdieron el respeto”. Algunas miradas extremas ven a los jóvenes más cerca de un delincuente que de un sujeto merecedor de una vida digna y abierta a todo tipo de posibilidades. La idea de que un centro de educación de adultos está muy cerca de “una correccional” se inscribe en esta visión catastrófica acerca de los jóvenes. ¿Para qué sirve poner en circulación estas impresiones? Sin duda para legitimar el control de los adultos hacia los/las jóvenes, el tutelaje más o menos formalizado, la dominación descarnada. Nuestra tarea, la mía, será desmontar estas imágenes, con los propios testimonios de los jóvenes.

### La voz de los jóvenes

De acuerdo con Castells (1999: 29), en un mundo simultáneamente fragmentario y globalizado, “la búsqueda de la identidad, se convierte en la fuente fundamental de significado social”. Si para todos la construcción de la identidad sigue siendo apremiante, para los jóvenes parece serlo en mayor grado, justamente porque su lugar social es tan provisorio. En este marco, quiero compartir lo que escuché. Me siento responsable de que sus voces circulen, que no queden reclusas en la grabadora o en los archivos informáticos, sino que sean compartidas en lo que son.



Fotografía: Carlos Blanco.

En primer lugar, necesitamos partir del reconocimiento de que no es posible hablar de los y las jóvenes “en general”, que no constituyen un grupo homogéneo, sino que es necesario diferenciar los múltiples grupos y subgrupos, porque toda generalización oscurece la comprensión de su realidad. Una opción simple sería agruparlos según aquellos que continuaron estudiando y trabajando, los que sólo estudian, los que sólo trabajan, y los que “no estudian ni trabajan”. Sin embargo, esta clasificación que ha sido recurrentemente empleada por los organismos gubernamentales de varios países, no da cuenta de variaciones al interior de estos grupos ni de otras maneras de estar en el mundo. Optaremos por una agrupación emanada de los propios testimonios, asociada con situaciones específicas: las madres jóvenes, los recién salidos de la escuela secundaria técnica, los que siguen estudiando en el sistema educativo formal, los que estudian en un centro de formación técnica, los que estudian y trabajan “pase lo que pase”, los que ya no pertenecen al grupo etario de los jóvenes, pero son egresados de la secundaria técnica y están en el límite entre juventud y adultez.

A partir de este reconocimiento de la diversidad que conlleva ser joven, interesa destacar que los jóvenes entrevistados cuentan cómo se van construyendo como ciudadanos al participar en la escuela y en el mundo del trabajo. La participación en estos mundos es inestable, cambiante, discontinua, a veces cuesta leerla o encontrar el sentido desde el universo de los adultos; antes que juzgar esta participación como incorrecta, insuficiente, desinteresada o distante, partamos por aceptar que así es la participación de los jóvenes marginados, bajo las condiciones hostiles del contexto social, político y económico. En el mismo sentido, las trayectorias de vida de los jóvenes no sólo no son lineales ni siguen el modelo de vida de las “tres etapas” (infancia, juventud, adultez), sino que son procesos de ida y vuelta donde coexisten la precariedad, la inestabilidad y la incertidumbre.

La afirmación de que los trabajadores están “a la deriva” en el capitalismo flexible es claramente visible en los jóvenes entrevistados. En efecto, pasan de un trabajo poco calificado a otro, tienen períodos de desocupación, entran y salen de los trabajos y los estudios y están afectados en alto grado por situaciones

familiares críticas: la muerte del padre, la separación de los padres, y en ambos casos, la necesidad de apoyar o ser “el sostén” de la familia que queda, especialmente en los varones; los embarazos tempranos de las estudiantes de la secundaria o la preparatoria, son todos hechos que se presentan y alteran los cursos de vida, en particular la permanencia en la escuela y en el trabajo; el trabajo, el estudio y los factores personales necesitan ser incluidos para comprender las historias laborales, en particular las discontinuidades y los regresos. Por su parte, los argumentos para irse de un trabajo están relacionados en algunos casos con hechos poco claros, que desde nuestra lógica adulta no justifican “dejar el trabajo”: promesas incumplidas de los empleadores (“nos habían prometido darnos la comida y no la dieron”) o con ambientes que “no eran lo mío”, dice una joven que estaba trabajando de “volantera” en el marco de las elecciones pasadas, sin aclarar en qué consisten las diferencias.

Otro punto a destacar es que los jóvenes entrevistados se presentan como protagonistas de su vida, aún los de menor edad, en torno a 17 años. En este sentido, hablan de “batallar”, “salir adelante”, “luchar”, “hacer la lucha” y “buscarse la vida”. La vida como lucha es al mismo tiempo una reivindicación del esfuerzo, de la ruptura de la programación social que los condena a quedarse en su lugar.

Los jóvenes no sólo transitan de un trabajo a otro, sino que suelen dejar atrás la especialidad que aprendieron en la educación secundaria, tanto si continuaron estudiando como si no. Así, dos jóvenes de diferentes localidades que habían estudiado en el taller de ganadería en la secundaria, cuando empiezan computación en la preparatoria desestiman la especialidad anterior y se ponen a trabajar en computación “capturando datos”. Otro joven transita de carpintería en la educación secundaria a un curso de un año de mecánica en un centro público de formación técnica (ICATMI); nuevamente mecánica se presenta como una especialidad de mayor prestigio social y de mayor valor entre los pares masculinos. En el caso de los que no continuaron estudiando, dejan por ejemplo atrás carpintería para preparar tacos en un puesto o para

repartir comida a domicilio. En estas elecciones se entremezclan dos procesos: a) el bajo prestigio de algunas carreras, por ser consideradas por los/las jóvenes como “manuales” y algo vergonzantes, como el caso de carpintería; b) el alto prestigio de carreras como computación, que son vividas como una “carrera actual” y de futuro; c) el enfoque de género de los actores, que define algunas carreras en términos de los atributos masculino-femenino (mecánica es la carrera de prestigio para los varones, mientras belleza es la típica carrera femenina). En el mismo sentido, no es posible hablar de inserción laboral en estos jóvenes como un proceso de una vez y para siempre; la inserción laboral constituye, más bien, un proceso largo, complejo y contradictorio, que se vuelve a hacer una y otra vez.

Los trabajos que declaran los jóvenes que estudiaron la educación secundaria técnica son poco calificados cuando no han continuado estudiando (mesero, repartidor, ayudante de albañil, cuidadora de niños, demostradora, peluquera, capturar datos, cuidar niños en un autobús escolar, vendedor ambulante, “volantera”, vendedora en tienda de la familia, pasar música o disc jockey). Además, los y las jóvenes han accedido a estos trabajos principalmente por redes informales, no cuentan con ningún tipo de contrato ni prestación, mientras los salarios recibidos son bajos o nulos y en algunos casos casi por gracia (“y si me daba algo era para mí”); las relaciones laborales son informales (“un señor me ofreció...”). Las condiciones de trabajo son de explotación, ya que gran parte de los entrevistados trabaja de lunes a sábado e incluso a domingo, con un día de descanso y en jornadas de más de ocho horas diarias. La informalización del trabajo, la inestabilidad laboral, el hecho de que los lugares de trabajo se han empezado a transformar en espacios cerrados, privatizados y totales, todas estas tendencias se hacen presentes en los jóvenes entrevistados.

Un punto a destacar es que para estos jóvenes “la educación sigue al trabajo”, es decir, sus trayectorias escolares posteriores al egreso de la educación secundaria técnica se pueden leer como intentos de buscar nuevos nichos de trabajo antes que como un interés por el campo de conocimiento. Esto explica

que al entrevistar a egresados de la educación secundaria técnica que están estudiando en centros de capacitación técnica, se los encuentra en especialidades diferentes y no relacionadas. En algunos casos incluso las egresadas de la educación secundaria técnica completaron la educación media superior en otra especialidad, iniciaron la universidad en estudios administrativos o de derecho, para regresar a un centro de formación técnica para hacer un curso de especialización en belleza, con algunos cursos previos en el intermedio en nutrición u otros temas.

Para los/las jóvenes entrevistados, tanto la educación como el trabajo desempeñan un lugar central en la construcción de la identidad; sin embargo, los egresados más jóvenes y/o que afirman no estar interesados en seguir estudiando tienden a valorar en bajo grado la escuela secundaria técnica (“qué aprendí... nada”), mientras en la medida que crecen, que les gusta estudiar y/o que continúan estudiando la valoran y la diferencian de estudios de menor nivel (“para mí fue fundamental”, “aprendí muchas cosas, me enseñaron el gusto por la lectura”, “la primaria no es suficiente”).

Además, casi todos los/las jóvenes entrevistados coinciden en que “la educación sirve para trabajar” y “mejora el trabajo”. En relación con el sentido del trabajo, aparecen varias dimensiones, que incluso coexisten en un mismo entrevistado:

a) La dimensión de sobrevivencia: el trabajo se considera como “carga” inevitable, y se asocia con la necesidad y la obtención de un beneficio económico, en particular dinero. Al mismo tiempo, el trabajo permite vivir y salir adelante; así afirman: “no hay otra que trabajar de lo que sea”, “trabajo por necesidad”, “trabajo para subsistir, para poder vivir, comer, hacer todo”, “trabajo es salir adelante”, “para recibir dinero”, “lo que más me gusta es recibir dinero”. Además, se observa que asimilan mejor trabajo con “el que da más dinero”. Estas opiniones son coincidentes con las tendencias detectadas por la encuesta del Instituto Mexicano de la Juventud (IMJ) de 2005, según la cual la mayoría

opina que el trabajo “sirve para ganar dinero” (en torno al 80%), seguido de lejos con “para ser independiente” o “para ayudar a la familia” (un tercio de los jóvenes); la opción “para aprender” se presenta en quinto lugar e involucra a cerca de 20% de los jóvenes.

- b) La dimensión de autonomía y responsabilidad: al respecto comentan: “el trabajo es responsabilidad”, “te enseñas a responsabilizarte por ti mismo”, “la responsabilidad de ser el mejor en lo que sea”, “no le pides nada a nadie”, “para mantenerme solo”, “como apoyo a mí mismo”.
- c) La dimensión de ayuda familiar: “soy sostén de mis abuelos”, “para ayudar a mi mamá que se separó”.
- d) La dimensión de autorrealización y aprendizaje: “me siento útil”, “no lo hacía tanto por el afán de trabajar sino de aprender”.
- e) La dimensión de género en el caso sólo de las mujeres “me siento útil en otros aspectos que no sea dentro de la casa”.
- f) La dimensión del trabajo como algo que si está ausente se pierde el sentido de la vida: “el trabajo es una actividad para no decaer en el ocio, en malos hábitos; es preferible estar trabajando que no hacer nada”; “el trabajo es un pasatiempo porque a veces no tengo nada que hacer”.

Estos rasgos reafirman el papel del trabajo como referente fundamental de la identidad juvenil y como factor o lugar de inclusión social.

Finalmente, los jóvenes entrevistados presentan inserciones diferenciadas, donde se combinan la socialización hacia el trabajo con la des-socialización y se presenta la tendencia a que transiten hacia espacios de desinstitucionalización social y des-socialización con respecto al trabajo en mayor grado que los adultos. En efecto, coexisten los egresados de secundaria técnica que han seguido estudiando y trabajando con los que no estudian ni trabajan y



Fotografía: Salvador López.

se concentran en la crianza de sus hijos, tenidos a edad temprana, o se están esperando para entrar a la preparatoria o para poner un pequeño negocio propio. Para estos jóvenes, la casa es un lugar de encierro o de protección: “no salgo a ningún lado, no puedo salir, porque cuido a mi hija, vivo en la casa de mis suegros” o a alguno le ha sucedido que “no puedo salir porque ya estoy grande y si me ven me quieren pegar”. La exposición a muchas horas diarias de televisión se hace presente en algunos de estos casos. Es decir que mientras un grupo de jóvenes sigue orientado hacia el trabajo, ya sea mediante el modelo tradicional del empleo o buscando otras formas más autónomas, otros jóvenes dejan de tener el trabajo como referente, ya sea alargando la juventud (viviendo hasta una edad tardía en la casa de los padres y estudiando) o viviendo períodos de desempleo que tienden a hacerse permanentes, acompañados de la sensación de estar fuera del mundo social. Este alejamiento del mundo del trabajo pone en riesgo la condición de ciudadanos de los jóvenes.

Un aspecto clave a considerar es la construcción de futuro por parte de los jóvenes desde un presente que oscila entre la esperanza y la incertidumbre. En los más jóvenes y en los más aislados, como por

ejemplo las jóvenes que son madres en torno a los 15-16 años, se observa que viven en el día a día, que sólo se ven en el ahora. Esto también sucede en los jóvenes varones y mujeres de la misma edad que están sin trabajar o con trabajos discontinuos. Por el contrario, al pasar sólo dos años, y cuando tiene lugar una cierta estabilidad en la condición de trabajadores, aun cuando sea en diferentes ocupaciones, son capaces de verse en un futuro a 5 o 10 años, “agarrando una carrera” o “buscando un empleo fijo”, “poniendo un negocio”, “abriendo una estética”, “casada y con hijos”, “secretaria”, “cajera de Walmart”, “en el ejército, como ingeniero, como profesional”. Para varios de los y las jóvenes se hace presente el negocio propio como parte de su futuro soñado (un taller de mecánica, la estética, la dulcería, el ciber-café). Para uno de los jóvenes más resilientes, haber llegado hasta donde llegó, haber estudiado la preparatoria y el ICATMI, y estar trabajando lo pone “alegre”, al darse cuenta de la experiencia acumulada. En congruencia con lo anterior, en los y las jóvenes más “desanimados/as” se hace presente también el rasgo de “no me sé expresar”, “casi no hablo” e incluso la justificación “no me gusta hablar”, hasta llegar a rechazar la entrevista. Por el contrario, los jóvenes con más capacidad

de seguir adelante tienen gusto por hablar, se expresaron bien y generaron largos testimonios, mientras con los otros el diálogo fue más discontinuo, como “sacando las palabras con tirabuzón”.

Finalmente, los y las jóvenes entrevistados tienden a declarar que no escriben ni leen, que no les gusta leer, aun cuando existen algunas excepciones de egresadas que afirman lo contrario. Al mismo tiempo, estos jóvenes escriben su cuerpo de las formas más variadas: piercings, tatuajes, cabellos largos, cabellos rapados, peinados con gel, mechitas de colores, uñas postizas con dibujitos, cejas tatuadas y ropa llamativa, entre otros. Al mismo tiempo, los jóvenes entrevistados de ambos sexos manifiestan su interés por el medio ambiente, así como su decisión de estar fuera de la política partidaria y de constituirse cada uno de ellos en su único referente, con una posición crítica frente a la vida social.

Algunos autores afirman que los estudiantes de hoy son más activos, autodeterminados y persistentes en exigir que el trabajo, además de productivo, tenga sentido, y que los valores de autoactualización y libertad personal revisten mayor importancia en los jóvenes, produciéndose un choque con los intereses de la empresa y en general con una forma de vida organizada en torno a competir; no obstante, necesitamos preguntarnos si esta descripción acerca de las mayores potencialidades críticas de los y las jóvenes en relación con el trabajo, dan cuenta de los jóvenes marginados o solamente de jóvenes urbanos altamente escolarizados y que manejan “códigos elaborados”; ¿sucede esto con los jóvenes marginados de México y en general con los jóvenes de América Latina?, ¿son un referente para nosotros los adultos?, ¿los vemos como un colectivo del cual podemos aprender?, ¿son para nosotros un colectivo con el cual podemos compartir, al cual nos debemos en tanto son “los nuevos”, y para quienes nos toca garantizar un mundo digno, o siguen siendo puestos en posiciones subalternas?, ¿los seguimos viendo en términos de déficit y riesgo para el resto de la sociedad? Una extensa pregunta para ser contestada por el lector, en vistas de buscar caminos para relaciones más igualitarias entre los jóvenes y los adultos, las mujeres y los varones.

## Los retos para la educación de personas jóvenes y adultas

1. Ante esta situación de los jóvenes egresados de la secundaria técnica, que incursionan por otros estudios buscando nuevos nichos laborales, el primer reto para la educación de personas jóvenes y adultas es crear oportunidades de aprendizaje que acompañen sus trayectorias laberínticas de vida y trabajo. Al mismo tiempo, la EPJA necesita constituirse para los jóvenes en el lugar del aprendizaje, de todos los aprendizajes posibles, sin limitarse a competencias técnicas o de formación profesional. Aun más, la EPJA necesita ser un espacio de confianza y de legitimación para los jóvenes, donde se sientan respetados por sus nuevos maestros, donde se constituyan comunidades de aprendizaje a las cuales puedan referirse. Es importante recordar que los egresados de la secundaria técnica que están estudiando actualmente en centros de formación técnica declaran que “aquí nos tratan bien, podemos preguntar dos veces, no como en la escuela”. Antes que hablar de etiquetas como enfoque de género o educación ciudadana, estamos en la posibilidad de generar espacios donde los y las jóvenes piensen sus vidas, su condición de género, el autoritarismo reinante, la privatización de lo público, la militarización creciente de la sociedad en su conjunto.
2. Retomando esta situación de que tanto los jóvenes como los adultos hacen cada vez más “fragmentos de trabajo”, otro reto fundamental para la EPJA es crear condiciones para que los y las jóvenes puedan organizar proyectos de vida y trabajo de mediano y largo plazo, donde aprender y enseñar con los otros se constituya como eje articulador, aun cuando estén transitando por trabajos cambiantes y poco calificados.
3. Si bien algunos jóvenes son capaces de seguir adelante “paselo que pase”, logrando romper los destinos sociales esperados, la mayoría tiende a reproducir el techo que impone la clase social y la escolaridad de



sus padres. En este marco, una tarea para la EPJA es generar espacios reflexivos entre pares para que los y las jóvenes marginados se animen a pensar y organizar sus vidas sin limitarse en forma anticipada y afirmar que no pueden ir más lejos que a lo que llegaron sus propios familiares significativos.

4. En este momento en que tanto las condiciones del contexto como la lógica de las universidades, restringen el acceso de los jóvenes a la educación superior, la EPJA necesita constituirse como un destino no sólo posible sino deseable, como un lugar que no es el consuelo ante la no entrada a la universidad.
5. Otro reto para la EPJA es lograr que los y las jóvenes salgan de situaciones de aislamiento social, especialmente las jóvenes embarazadas o madres tempranas o los jóvenes varones que “no estudian ni trabajan” y permanecen largas horas del día encerrados en sus casas, como una manera de mantenerse al margen de la violencia reinante. En relación con este punto es importante recordar que mientras estuvieron en la escuela, los jóvenes tenían una cierta protección o contención social, que perdieron al irse.
6. En estrecha relación con el anterior, otro reto es establecer nexos entre los jóvenes y los adultos, mediante estrategias de trabajo e investigación colaborativas a nivel comunitario. De este modo, los jóvenes podrían acceder al patrimonio acumulado en el grupo y los adultos sentir que tienen algo para dar.
7. Finalmente, una tarea para la EPJA es resignificar los lugares que habitan los jóvenes, que la cancha baldía tomada por las bandas donde se vende droga se resignifique como un lugar de encuentro, intercambio y aprendizaje. Programas gestionados por los propios jóvenes de ambos sexos podrían constituirse como una estrategia de producción de espacios alternos.

Estos retos están lejos de organizarse como una secuencia de acciones, sino que son puntos discontinuos

y simultáneos de una carta de navegación que se recrea, igual que los y las jóvenes, en el día a día.

### Lecturas sugeridas

CASTELLS, MANUEL (1999). “La transformación del trabajo y el empleo: trabajadores en red, desempleados y trabajadores en tiempo flexible” (Capítulo 4), en *La era de la información. La sociedad Red*, vol I, México: Siglo XXI.

DUBET, FRANCOIS Y DANILO MARTUCELLI (1998). *En la escuela. Sociología de la experiencia escolar*. Barcelona: Editorial Losada.

LARROSA, JORGE (2007). Conferencia “La experiencia y sus lenguajes”.  
[www.me.gov.ar/curriform/publica/oei\\_20031128/po-nencia\\_larrosa.pdf](http://www.me.gov.ar/curriform/publica/oei_20031128/po-nencia_larrosa.pdf) (consulta: marzo de 2007).

MACHADO PAIS, JOSÉ (2007). *Chollos, chapuzas, changas*. Barcelona y México: Anthropos/Universidad Autónoma Metropolitana.

MIRANDA, ANA (2007). *La nueva condición joven: educación, desigualdad, empleo*. Buenos Aires: Fundación Octubre.

PÉREZ ISLAS, JOSÉ ANTONIO (2008). “Entre la incertidumbre y el riesgo: ser o no ser, esa es la cuestión...juvenil”, en Hahn Bendit y Ana Miranda (comp.), *Los jóvenes y el futuro: procesos de inclusión social y patrones de vulnerabilidad en un mundo globalizado*. Buenos Aires: Prometeo. (Puede consultarse en línea).

SENNETT, RICHARD (2006). *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. Barcelona: Anagrama.

#### Nota

\* Graciela Messina, “Una mirada a la educación técnica desde los jóvenes egresados”, DIE/CINVESTAV, estudio cualitativo en etapa de campo, 26 entrevistas realizadas en el DF y Morelia, 2009.